

SHAKESPEARE

El hombre y el artista.

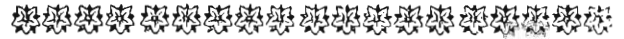
Conferencia dada el 4 de mayo de 1916 ante la Unión de
Damas Españolas en la Academia de Jurisprudencia.



M A D R I D

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1916.



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al hablar por segunda vez en esta Unión de Damas, a quienes agradezco el alto honor que me dispensan y de cuya obra no he de decir más, porque los oradores que me han precedido parecen haber agotado el repertorio de los elogios, haré una breve alusión a mi tema o ensayo sobre Shakespeare.

Las circunstancias, o sea el tercer centenario de Shakespeare y Cervantes, han hecho, de ambos autores inmortales, figuras de actualidad. Pero se ha dado el caso bochornoso que, mientras el Gobierno de un país neutral borra de un plumazo, *a causa de la guerra*, los festejos oficiales que habían de honrar a su más peregrino ingenio, un gran país beligerante, a pesar de lo magno del conflicto europeo, encuentra tiempo para ocuparse de inaugurar una cátedra que llevará el nombre glorioso del escritor extranjero

y conmemora, también, la obra de su poeta nacional.

¿Nacional?... He dicho mal; Cervantes y Shakespeare son internacionales y el genio de ambos no puede encerrarse en los estrechos moldes geográficos. Cervantes y Shakespeare no son, hoy, de España o de Inglaterra; son del patrimonio humano.

Hagamos, pues, cada cual por honrarlos, prescindiendo de festejos o de la hueca palabrería oficial. Lo que vais a oír es sólo pálido reflejo de lo que yo desearía hacer en honor de este coloso del drama y de la poesía. No digo una conferencia, una serie de conferencias, un libro mismo, son insuficientes para contener toda la personalidad artística de Shakespeare.

Yo, aquí, sólo pretendo evocar al hombre y el ambiente en que vivió. No vengo a poner cátedra, sino a exponer únicamente mi impresión personal de lector.

Y, sin más prólogo, entro en mi tema, porque, como dijo el irónico Barbey d'Aurevilly:

•Los conferenciantes se toman a la hora... como los coches de punto.»



El día 23 de abril de 1616 es un día de luto irreparable, tanto para la literatura española como para la literatura inglesa; aunque más valiera decir, en este caso, para la Humanidad. Ese día muere Cervantes en Madrid, y Shakespeare en su pueblo natal de Stratford-on-Avon. Ambos son hombres símbolos en el altar de los inmortales. El uno es el genio de la novela; el otro es el genio del drama. Cervantes ha revolucionado la literatura española, y Shakespeare la literatura universal. Son astros de tanta magnitud que su luz no se atenúa con el transcurso de los siglos, sino todo lo contrario; la crítica moderna va iluminando, poco, a poco rincones oscuros de esta vida misteriosa de ambos sublimes ingenios, y así, gracias a los archivos, a la investigación histórica y a la intuición, van trazándose las siluetas del autor del *Quijote* y del autor de *Hamlet* en el horizonte de la eternidad.

Pero ambos parecen siluetas vagas y borrosas junto a la magnitud de las figuras que crearon, y no cabe dudar que pusieron en éstas la esencia de su vida y de su espíritu. Yo creo que la vida de Cervantes está en la del mismo Don Quijote, atravesando la existencia entre las burlas de sus contemporáneos, provocando la risa allí donde quiso provocar la admiración, queriendo luchar con gigantes y chocando con los molinos, siguiendo su quimera al través de la realidad de la árida Mancha y viéndola sólo desaparecer a la hora de la muerte. ¿No es este el mismo espíritu de Cervantes, espíritu de poeta y corazón de hidalgo, rozando su privilegiado ingenio con los seres más vulgares, arrastrando su pobreza por tierras extrañas, tan pronto servidor como soldado, como cautivo; alma noble que llora en la vida y hace reír en los libros?...

Así es como Cervantes pudo escribir su *Quijote*: del contraste entre sus sueños y su vida surge Don Quijote y Sancho Panza. Don Quijote es la imaginación que vive fuera de la realidad, inadaptable a la existencia, y Sancho Panza es la voz del sentido común y de la experiencia misma. Cervantes encubre este doble símbolo,

bajo la careta de su humorismo amargo, y con estas dos figuras va trazando ese libro *único* en torno del cual giran, a gran distancia, como satélites menores, las mismas *Novelas ejemplares* y todas sus demás obras.

De Shakespeare no podemos decir que sea el autor de una obra como es Cervantes, para el mundo, el autor del *Quijote*. Shakespeare es mucho más complejo, más profundo, y, sobre todo, más universal. Si al hablar de él decimos: «el autor de *Hamlet*», es porque, nos hemos familiarizado en los países meridionales, con la interpretación dramática de tal cual actor célebre, o con el «brindis» cantado de alguna ópera deplorable. Pero, literariamente, lo mismo pudiéramos decir el autor del *Rey Lear* o de *Macbeth*, del *Mercader de Venecia* o de *El sueño de una noche de Verano*.

Shakespeare escapa a toda clasificación definitiva por las múltiples facetas de su genio asombroso. Imposible decir de él, en absoluto, que es el genio representativo de su raza, como se dice de Cervantes respecto a España, del Dante respecto a Italia, de Goethe respecto a Alemania.

Porque si es verdad que Shakespeare, debido

a su visión plástica del mundo y a su intuición psicológica, resucita la historia de Inglaterra en tragedias grandiosas como *El Rey Juan*, *Ricardo II*, *Ricardo III* y el ciclo de *Enrique V* y de *Enrique VI*, parece revestir los sentimientos y las pasiones de un impetuoso meridional, cuando escribe su *Otelo*, feroz y celoso enamorado y con la pluma ligera, alada, ingeniosa de un italiano del renacimiento, va trazando las escenas deliciosas de sus *Dos Caballeros de Verona*, de su *Mucho ruido para nada*, de *La fiera recilla domada* y del ya mencionado *Mercader de Venecia*. Es el más romántico y apasionado de los poetas latinos en *Romeo y Julieta*, figuras legendarias del amor que toda persona conoce, aun cuando no haya sentido amor alguno ni leído nunca a Shakespeare. Es en suma, de su tiempo y de todos los tiempos, de su patria y de todas las naciones; heleno en *Troilo y Cressida* y en su misantrópico *Timón de Atenas*; romano, como el propio Plutarco, al escribir *Julio César*. Vive en el mundo de la realidad y en el mundo de los sueños. Sus caracteres se expresan en verso como en prosa. Shakespeare, en sus obras, varía a cada rato de careta como varía de expresión un actor en escena. Es tan

pronto rudo, grotesco, satírico o bufo, como sentimental, refinado, sensible y lírico. Su obra magna e incoherente está hecha de contrastes violentos. Puede ser el más viril de los poetas y es, á veces, el más femenino. Refleja todos los aspectos de la vida como el agua de un lago refleja todos los colores del celaje. Sabe expresarse con el lenguaje florido del cortesano y con el léxico grosero y soez de la taberna. Cuando Shakespeare satiriza la realidad, sin atenuar sus crueldades, hace *Las alegres comadres de Windsor*, y con el tipo inmortal de Falstaf crea una figura capaz de codearse con las mejores de Cervantes y de Molière. Cuando Shakespeare huye, en espíritu, de la prosaica realidad, vuela su musa hacia los bosques imaginarios, y tiene lugar, a la luz de la luna, el lindo *Sueño de una noche de Verano* en que Titania, Oberon, Puck y las hadas nos transportan a regiones ideales, o se despide el poeta del mundo, desde la isla encantada de Próspero, en su última fantasía poética, *La Tempestad*.

Shakespeare, el más dramático de los poetas y el más poeta de los filósofos, no es un *hombre de teatro*, en el sentido técnico de la palabra; sus obras enteras, tal como fueron escritas, son

irrepresentables por su extensión. Parecen muchas veces poemas o novelas dialogadas. El autor, indiferente a la incoherencia de la obra o a los habituales moldes de composición, salta de un lugar a otro con rapidez vertiginosa. Una escena es una plaza pública; otra, un palacio; otra, un bosque o un puerto de mar. Tan pronto nos traslada a una choza como a un castillo, nos lleva a un país como a otro. Ese hombre extraordinario debió presentir la variedad del cinematógrafo, y acaso este maravilloso invento, unido al gramófono, sea en el porvenir el mejor modo de representar sus obras.

Un genio tan universal que ha revolucionado los moldes teatrales, que ha hecho sentir a los poetas, meditar a los pensadores e investigar a los críticos, bien merece el entusiasta elogio con que le ungió Victor Hugo:

«La Naturaleza entera se parece a Shakespeare.»

Y, en efecto, el amor a la Naturaleza palpita en toda su obra. que refleja la vida misma entre lágrimas y risas. Su inagotable inspiración poética ha grabado frases inmortales sobre la vida y sobre la muerte, sobre el amor, la amistad, el dolor. la belleza, la juventud, el tiempo, el pai-

saje... Todos los anhelos y las pasiones humanas hallan su eco en Shakespeare, y el eco ha de vibrar siempre al través de los siglos. Sus pensamientos, sus paradojas, sus observaciones, pudieran, de por sí, formar un voluminoso libro aplicable a cada etapa de la vida del hombre...

¿Y cómo fué este hombre que ha permanecido en la penumbra, sacando sólo a la luz pública las caretas de su espíritu, es decir, a la escena sus personajes dramáticos?

Ahí está el enigma que ha sido la torre de Babel de la crítica moderna. Los eruditos e investigadores caen sobre su obra, como los buitres sobre un cadáver, y la deforman hasta un grado en que no la reconocería su propio autor. Shakespeare en su testamento no habla para nada de sus versos y sus dramas, y esto ha bastado a muchos escritores para negarle la paternidad de su obra. Hay quien le adjudica sólo el papel de un actor vulgar y atribuye su genio al más grande filósofo del siglo XVI, a Lord Bacon, Lord Canciller de Inglaterra, austero moralista en sus obras y hombre corrompido en sus actos, que le llevaron al escándalo de ser juzgado y condenado por el mismo Parlamento. Pero a mí, la verdad, me es imposible distinguir

analogía alguna entre el estilo sobrio e intelectual del autor de los *Ensayos* y la verbosidad flexible y torrencial de Shakespeare. Y tampoco puedo ver en un libro tan ameno y sugestivo como *Lord Ruland est Shakespeare*, por el escritor belga M. Celestin Demblon, algo más que un ameno trabajo de crítica imaginaria...

Poro dejemos a sabios y especialistas increparse mutuamente de necios, pedantes o embusteros y hallaremos a Shakespeare... en él mismo. Algo nos dicen sus datos biográficos, algo nos cuentan sus contemporáneos; más nos revela su obra.

Levantemos el telón sobre la intensa comedia de su vida, y a la luz de los hechos y al son de las palabras aparecerá de cuerpo entero el hombre.



Nació en el mes de abril de 1564 en la pequeña y linda ciudad de Stratford, sobre el río Avon. Era el hijo tercero de un acomodado labrador de la comarca, Juan Shakespeare, y de su esposa Mary Arden, los cuales, al hacerle bautizar en la iglesia de Stratford, le pusieron el nombre de Guillermo, sin sospechar, segura-

mente, el ruido que, tanto el nombre como el apellido, habían de hacer en el mundo.

Ellos eran gente modesta de nacimiento. Apenas sabían leer o firmar, lo cual, entonces, no era ninguna vergüenza como ahora. Juan Shakespeare, padre del futuro gran Will, ejerció algunos cargos importantes y llegó a ser alguacil en Stratford. Acaso estas ocupaciones le alejaron del cuidado de los hijos y del recogimiento del hogar, pues nuestro Shakespeare no parece haber expresado nunca afecto alguno hacia su padre o sus hermanos. En cambio, ama y venera de todo corazón a su madre, mujer práctica y laboriosa, que suplía a las deficiencias de su educación con un criterio muy recto y un sentido llamado común, aunque suele faltar a la mayoría de las gentes.

Esta madre, tan querida y respetada, nos la evoca el poeta años después en su estupenda tragedia *Coriolano*, al crear, con todo su inspirado amor filial, el carácter austero de Volumnia.

Muy poco sabemos de su infancia, pero en su alma de niño precoz y sensible debió influir ya mucho el ambiente y el paisaje de Stratford, con sus puentes de madera sobre el plácido río, los tejados de sus casas, relucientes como plata bajo

sol, la torre de su gran iglesia rivalizando en importancia con el vasto edificio del Ayuntamiento, el verde pintoresco de sus frondosas avenidas, sus praderas y sus bosquecillos.

En sus ojos soñadores se reflejan el agua y los árboles; el murmullo del río y la calma del campo. En sus oídos suena el vago rumor de la ciudad. La misteriosa música de la Naturaleza invadirá, poco a poco, su corazón y su cerebro, y más tarde este decorado, que sirvió de marco a sus primeros años, inspirará a su musa el fondo campestre de comedias como el propio *Sueño de una noche de Verano*, las poéticas selvas de *Como gustéis* y el delicado *Cuento de Invierno*.

Mientras tanto, el niño juega, llora y ríe como todos los niños de su edad, sin manifestar aún aptitudes geniales. Va a la escuela de mala gana y no brilla tampoco por su aplicación en los estudios. A semejanza de muchos inmortales de las letras y de las artes, Shakespeare fué mal estudiante. Le ha quedado la frase lapidaria de su colega Ben Jonson: «Supo poco latín y menos griego.» ¿Quiere decir esto que fuera un ignorante, como pretenden ciertos señores críticos?... No: si el niño, por su inquietud de espí-

ritu, su impresionabilidad y su tendencia al ensueño, no puede fijar la atención en los áridos libros de texto, lee a hurtadillas cuentecitos y novelas, se entusiasma ya con los versos, quizá llega a sus manos alguna mala traducción de Plutarco y anhela vivir la vida de esos grandes héroes de la antigüedad, que ha de llevar un día a la escena. De todos modos, los versos y el teatro debieron sugestionarlo desde sus primeros años. Recordemos que uno de los mayores acontecimientos en Stratford, como en toda ciudad provinciana de aquellos tiempos y de éstos, eran las ferias y la llegada anual de las compañías de cómicos. En la vecindad de Stratford tuvieron lugar esos fastuosos festejos regios que el famoso Conde de Leicester, favorito de la Reina Isabel, dió en honor de la soberana en su Castillo de Kenilworth, y que Walter Scot ha inmortalizado en la novela del mismo nombre.

Allí acudieron magnatos, poetas y cómicos. Allí el pequeño Shakespeare debió sentir la doble atracción del mundo de los bastidores y del mundo palaciego, cuyas doradas puertas le estaban cerradas por lo humilde de su cuna.

¿Qué decepción tan amarga para un espíritu inquieto y ambicioso que nace a la vida sedien-

to de placeres y de triunfos, el ver sujetadas las alas de la quimera por la triste realidad!...

Y la realidad le sale al paso, dando al joven y optimista soñador sus primeras lecciones. Quiebran los negocios de su padre. Su familia se arruina y se oscurece en la desgracia. Al futuro poeta lo sacan del colegio por falta de medios, y esto acaso contribuye a aligerar su pena, con esa inconsciencia propia de la infancia.

El joven Will queda, como quien dice, abandonado a sus propios recursos, es decir, convertido en vagabundo: un vagabundo travieso, ingenioso, parlanchín, sentimental, lleno de vitalidad y ávido de aventuras. La leyenda lo describe entonces como ayudante de carnicero, entreteniendo a su clientela con largos discursos floridos. A esto se atribuye el léxico popular y callejero de algunos personajes de sus obras. Sea o no exacto, estamos convencidos de que, fuese cual fuese su modesto oficio, Shakespeare asombraba ya a sus oyentes con una verbosidad torrencial, descosida, incoherente, llena de imágenes y de ocurrencias ingeniosas, como hablan sus caracteres cómicos.

Su precocidad, y también su ligereza, le arrastran a una aventurilla amorosa, cuyas conse-

cuencias serán el matrimonio. A los diez y ocho años Shakespeare cae en las redes matrimoniales, que para él se convierten en cadena abrumadora. Las visitas misteriosas y frecuentes a una casita lejana del pueblo de Stratford lo llevan al altar cuando apenas comienza a vivir. Su novia, Ana Hathaway, es mayor que él, de ocho años. Con la bendición nupcial Shakespeare, amargado por su imprudencia, cree ver echada la llave a su libertad. Desde entonces nuestro poeta siente una profunda aversión hacia su esposa. La vida en el hogar se le hace imposible. A los veintitrés años se encuentra sin recursos y con tres criaturas. Hay escenas, recriminaciones. Shakespeare, literalmente, no puede aguantar a su mujer. Ha pagado bien caro su ligereza juvenil, y ni los años, ni la ausencia aplacarán este resentimiento. A la hora de su muerte dispondrá que bajo ningún pretexto vuelva a abrirse su tumba, con el solo objeto de que no puedan enterrar también en ella los restos de su esposa.

Un incidente casual dentro de su monótona vida provinciana le obliga a abandonar precipitadamente Stratford. Shakespeare, para matar el tedio, suele entregarse al deporte de la caza y

entra furtivamente en las propiedades de Sir Tomas Lucy. El dueño le amenaza por su osadía, y como esto no basta y el impertinente cazador burla, burlando, vuelve á entrar en su finca. Sir Tomas Lucy, al cogerle *in fraganti*, le hace administrar una soberana paliza.

Con ser grande el dolor físico de este prosaico remedio, debió ser mayor para el poeta el dolor moral de la humillación. ¡Imaginemos las risas, las murmuraciones y los mil comentarios del vecindario!... Shakespeare, irritado e indefenso contra tan importante personaje, desahoga sus iras en una sátira sangrienta que pone «verde» a Sir Tomas Lucy ...y «por si acaso», huye de Stratford.

¡Ya sale esta *rara avis* de su jaula y vuela hacia Londres, la tierra prometida de sus sueños! Ahí es donde le volveremos a encontrar.

Empieza entonces la transformación asombrosa del hombre en el artista; el primer período de su vida literaria, que dura unos siete años. Siete años le bastan para salir de la obscuridad del siervo humilde a la celebridad del autor aplaudido y envidiado. El astro de su genio va ascendiendo en el horizonte de la gloria, y lo que fué sólo pálido rayo espiritual, na-

cido en un lejano rincón provinciiano, se convierte en el sol mayor de las literaturas, que, iluminando, poco a poco, el teatro el alma de las multitudes y todas las ciudades, so alza inaccesible sobre el mundo, como para desafiar al Tiempo y decirle:

«A pesar de tu siega implacable, que arrasa a los hombres y a las naciones, nada puedes contra mí. Vibrará el sonido de mis versos mientras vibre y palpite un corazón humano, y así, el uno frente al otro, miraremos, impasibles, el largo cortejo de las horas, de los años y de los siglos, que llaman la eternidad.»

*
* *

Primero entró en una compañía de cómicos ambulantes, con el intenso anhelo de llegar a Londres, faro de sus esperanzas... Y llegó, pero no en calidad de actor notable, ni siquiera como último de la comparsa. Era su modesto oficio el de paje o lacayo, cuya misión se reducía a cuidar de los caballos de los grandes señores a la misma entrada del *Globe Theatre* (Teatro del Globo), donde luego iba a desempeñar, él mismo, papel tan importante.

comprensión, se divide en dos bandos bajo la influencia de ese magnetismo. Los poetas admiran, según dicen, su teatro, pero encuentran que le falta gusto e idea de la composición. Los actores y los aristócratas que le frecuentan, le encuentran, en cambio, más poeta que dramaturgo. En esta errónea opinión coincidirán contemporáneos suyos tan ilustres como Ben Jonson y Chapman, para quienes Shakespeare será siempre el delicado poeta de *Venus y Adonis* y de *Lucrecia*. Mientras tanto, autores dramáticos de tanta experiencia como Marlow piden a Shakespeare su colaboración, y ambos escriben la segunda y la tercera parte del *Enrique VI*.

En esta época lanza también su *Ricardo III*, asombroso acierto psicológico del criminal y ambicioso monarca, naturaleza pérfida, disimulada, sin escrúpulos, que todo lo sacrifica al fin. No hay en el teatro de Shakespeare un tipo de malvado comparable a éste, como no sea el Yago de *Otelo*. Pero aquí el poeta crea uno de sus grandes protagonistas. Paso a paso vamos a este hábil monstruo tejiendo la tela de araña que ha de enredar a sus víctimas. Su careta hipócrita, su cortesía engañan a los incautos. Con silenciosa y vibrante expectación aguarda el fin

de la agonía de su hermano Eduardo IV. Antes «quita de en medio» a su otro hermano mayor el Duque de Clarence, a quien hace asesinar. Ya es Regente, Protector del Reino y de sus dos infelices sobrinitos, abandonados por las leyes a aquel hombre. Shakespeare nos hace palpar de terror al sentir el destino siniestro de esas dos criaturas, encerradas por su «protector» en la Torre de Londres. Como el ogro de los cuentos de hadas, Ricardo III se complace en acariciar a los niños antes de comérselos, y, en este caso, antes de estrangularlos. ¡Al fin es coronada la ambición! Pero la conciencia, con su voz implacable que habla en el silencio, la transforma en corona de espinas. El terror, el remordimiento, la angustia persiguen al Rey como implacables furias infernales. La escena nocturna en su tienda de campaña, la víspera de perder ese cetro usurpado y esa vida atormentada, deja en nosotros una huella imborrable de siniestra grandeza. Entre sueños, el Rey criminal ve aparecer una a una sus víctimas ensangrentadas... Grita, balbucea frases incoherentes. Él, que no ha tenido miedo de los hombres, siente el pavor de la noche y de la soledad. Y se lanza, horrorizado, a la pelea, prefiriendo verse frente a frente

con sus enemigos que frente a frente con su conciencia.

Así es la Historia, al través del temperamento de un poeta. El erudito sólo evoca; el artista resucita.

Shakespeare, con esta obra dramática, vislumbra ya sus futuras creaciones inmortales, mas no la transformación moral de su carácter, que, en pocos años, le hará caer en la neurastenia y la misantropía. Por ahora, la vida suena a sus oídos como una marcha triunfal. Está contento de los demás, y está, sobre todo, contento de sí mismo. Su vanidad se ve halagada por los mimos de la fortuna. Ha podido enviar fondos a Stratford para pagar las deudas de su padre, y siente la íntima satisfacción de que a su ciudad natal llegue la celebridad del antiguo vagabundo, hoy convertido en actor, poeta y dramaturgo aplaudido. Las sátiras burlescas de un rival en las letras, Greene, nos hacen ver que, en esa época, era ya Shakespeare una personalidad. Pronto llegará con los aplausos el bienestar; pasará a ser director de escena y accionista del Teatro del Globo. Gracias a la alta protección de grandes señores, como Rutland, como Pembroke, como Southampton, me-

recerá el alto honor de representar sus piezas, con su compañía, ante la reina Isabel, y el crítico Meres dirá de él que es «el Plauto y el Séneca de Inglaterra».

En cuanto a la impresión que causa a sus contemporáneos, es, sea dicho de paso, muy diferente al carácter grave, austero y moralizador que evoca D. Manuel Tamayo y Baus en *Un drama nuevo*. Shakespeare, en esta época, tomaba el arte en serio y la vida en broma. Aubrey nos lo describe como persona, «de muy grata compañía y de fértil y agradable ingenio». Su colega, el ilustre Ben Jonson, le llama «el dulce Shakespeare», y lo compara a «los cisnes que navegan en el Avon». Añade también que sus modales «eran demasiado cortes y amanerados». ¿Quién lo diría de este hombre, que ha descrito, como nadie, la violencia, el instinto, la brutalidad?... Su cara ovalada y risueña, de barbita en punta, sus ojos claros y brillantes, su cabello rubio, de tonos cobrizos, dan la impresión de un hombre sano, robusto, como su aspecto normal. Pero en el fondo hay la neurosis incurable de todo gran artista y pensador. La melancolía saldrá a la superficie ante las primeras decepciones de la vida. Ahora yace

oculta bajo el ingenio, el continuo charlar en la taberna, los efectos del vino, que excita su sensibilidad y da libre curso a su fantasía. Es un alma de verdadero artista: temperamento soñador, carácter voluble, entendimiento vasto y voluntad endeble. Grandó en sus debilidades, como en su talento, peca arrastrado por el ímpetu de la pasión, y no por perversión de espíritu. Pero sí, a veces, sus pies se hundían en el fango, su espíritu se eleva siempre a las regiones etéreas del infinito.

La amistad y el amor que su verbo musical supo evocar en tantas de sus obras, fueron la causa de sus errores, de sus ilusiones y de su desesperación. Creyó beber en ellas el elixir de la vida, y el mágico brebaje se convirtió en hiel. Y, al apagarse esas dos luces en el altar sagrado de su corazón, rompió las cuerdas de su lira. La amistad y el amor, muertos, le dejaron triste y solitario en el vasto escenario mundial, reduciéndole pronto al silencio.

Sin embargo, todavía no ha llegado la hora de la desilusión, y la amistad le atrae a los grandes del reino. Son éstos los jóvenes magnates de la corte, que frecuentan los bastidores del Teatro del Globo, buscando esparcimiento

y aventuras galantes. Entre ellos figuran nombres linajudos, que brillarán en las crónicas del reinado de Isabel y de Jaime I, como el famoso Conde de Southampton, Lord Herbert, y su hermano Montgomery, Lord Rutland, en quien algunos críticos se empeñan en ver al autor de las obras de Shakespeare; grupo de nobles alegres, bulliciosos, y hasta disolutos algunos de ellos, pero cultos, refinados, artistas. Hijos, en fin, de una edad en que los blasones iban unidos a la Ciencia y a las Artes, en que los deportes y la cultura física eran compatibles con la inteligencia, y en que una corona parecía insuficiente a quien la llevaba, para declararse inútil por derecho propio y vivir del recuerdo de sus antepasados.

Shakespeare, al editar su bello y apasionado poema *Venus y Adonis*, lo mismo que al dar a luz su poema de *Lucrecia*, dedicó ambos, en términos de vehemente gratitud y admiración, a su amigo el joven Conde de Southampton. Esta amistad con tan elevado personaje en esos tiempos en que el actor era despreciado por la sociedad, fué una de las mayores satisfacciones que tuvo el poeta en su vida. Southampton lo prodigó, no sólo su amistad, sino su protección;

le editó sus obras y le sacó de apuro muchas veces con su mano generosa. No deben, pues, atribuirse esas dedicatorias efusivas ni a interés ni a servilismo, sino a la gratitud de un corazón sincero y a la admiración que a todo el mundo inspiraba ese Mecenas.

Fué el Conde de Southampton uno de esos seres privilegiados que al nacer parecen haber tenido a las hadas por madrinas. Hermosura, inteligencia, elevado rango, grandes caudales; todo esto, con ser mucho, iba adornado por el valor, la cultura, el amor a las artes y a las letras, la generosidad. Los cronistas de la época se hacen lenguas de sus dones y de su figura. Su presentación en la corte, a los diez y ocho años había sido un éxito sensacional que la Reina pretendió coronar no sólo con honores... pero en vano.

Southampton atraviesa la vida con su gran amor a las letras y al teatro; y con su gran amor a las aventuras. Si su amistad con Shakespeare no lo hubiese inmortalizado, lo habría hecho, a pesar de eso, la Historia. Amigo también del célebre Conde de Essex, entrará con el ex favorito en la conspiración católica de Irlanda para destronar a la Reina Isabel.

Será encarcelado en la Torre de Londres y sólo saldrá de presidio al morir la Soberana, que, sin duda, se amparó esta vez en la ley para vengar antiguos desaires personales.

Dicho período representa, pues, en la vida de Shakespeare la etapa más feliz de su existencia. Su vanidad, o si se quiere, su *snobismo*, se halla harto halagado con esta amistosa protección de los grandes señores que en la corte sólo ve desde escena. ¿Han comprendido el genio de este hombre?... Es posible que no, pero en todo caso le admiran y le quieren: le prestan armas, muebles o trajes para presentar las obras en escena; le hacen donativos. Y así amparadas bajo la protección de los poderosos, la Comedia y la Tragedia salen rejuvenecidas por la musa del poeta. Nacen a la vida eterna *Ricardo II*, *Enrique V*, y *El Rey Juan*, incomparables visiones de la Historia. Portonecen también a ese período esas dos joyas únicas, ligeras, ingeniosas, de caprichosa composición y de intriga, acaso inverosímil, pero de gran sabor humano, de diálogo brillante, de profundos pensamientos: *Como gustéis* y *La noche de Reyes*. No volveremos a respirar un ambiente más plácido que el de los bosques frondosos de las Ardenas

o que los lindos jardines de la Condesa Olivia. No han de sonar, más, risas tan joviales como las que provocan en *Mucho ruido para nada* las impertinentes ironías de Beatriz y de Benedick.

Touchstone, Malvolio, Orlando, Olivia, Viola, Rosalinda, Falstaff y Claudio, es decir, los enamorados y los graciosos, se tornarán misantrópicos y taciturnos...

¿Por qué?...

Pues porque Shakespeare, su creador, ha publicado la primera parte de sus enigmáticos *Sonetos*. Forzosamente hay que aludir a ellos para explicarse la crisis pasional del poeta reflejada en sus más grandes obras, así como su vuelta a Stratford, su silencio y su muerte.

* * *

Este libro de los *Sonetos* es un libro único en la obra de Shakespeare y en todas las literaturas. Lírico, vibrante, sincero, apasionado, desnuda un corazón herido a los ojos del lector y retrata a un hombre que no es del todo como los demás hombres, sino un sér excepcional, de sensibilidad refinada, de temperamento desequilibrado, neurasténico, en fin, como tenía

que serlo forzosamente quien procreó a *Hamlet*.

Con razón se ha dicho que los *Sonetos* son la tragedia íntima de Shakespeare y la única obra donde él habla de su persona y de sus propios sentimientos, en términos tales, que no dan lugar a duda, aunque tantos y tantos críticos se empeñen en alterar el significado de las palabras y salirse por los cerros de Úbeda.

La amistad y el amor son los dos temas de este libro misterioso y sugestivo que tanto ha dado y dará aún que hablar; y el amor con la amistad parecen fundirse en varias de sus estrofas. Al leerlo sentimos la impresión de un día radiante de Verano en la primera parte, y en la segunda, da un atardecer de Invierno, frío, gris, lluvioso, desolador. Quizá al escribir los últimos sonetos han surgido en la cabeza del poeta algunos prematuros hilos de plata, reflejo de un corazón que se habría tornado en piedra a no abrasarle el fuego divino del genio que resplandeció entonces con sus más hermosas llamas.

La primera parte de los *Sonetos* ensalza, en términos apasionados, la amistad, y casi pudiera decirse la idolatría que siente el poeta por un adolescente, cuyo nombre no revela. Pero el retrato queda grabado en nuestra imaginación, y

a pesar de los dones que le prodiga el poeta, nos deja la triste impresión de que este Apolo juvenil fué indigno de culto tan profano como lo fueron los modelos ante los cuales se inclinaba, extasiado. Miguel Ángel. ¡Lástima grande que a un sér tan frívolo y ligero ofreciese el poeta la inmortalidad, aun a costa de la maldicencia!

La segunda parte de los *Sonetos*, lamentan la ingratitud y la ausencia de este joven amigo, y aluden a cierta dama misteriosa, de la cual se ha prendado el poeta, subyugado por su belleza. Mas esta mujer seductora, que ha llegado a la posteridad bajo el nombre de *la dama morena de los Sonetos*, después de favorecer al poeta en sus pretensiones, se torna inconstante y voluble hacia su amigo... Entonces las estrofas son dolorosas lamentaciones, llanto que brota de la lira en insultos a la mujer infiel y en quejas del amigo ingrato.

Tal es el drama íntimo, reflejo de una crisis pasional, que deja una honda huella en el resto de la vida de Shakespeare, y en sus más grandes obras.

¿Quiénes fueron estos dos protagonistas?

Shakespeare no nos lo dice, pero en la por-

tada de los *Sonetos* hay una dedicatoria y unas iniciales enigmáticas que han provocado no pocas polémicas entre los biógrafos del poeta dramaturgo. La dedicatoria va dirigida: A «Mr. W. H.»

Durante muchos años, los más eminentes críticos, entre ellos persona tan autorizada como Sir Sidney Lee, en su obra *A life of Shakespeare*, sin dar una explicación muy razonada sobre la dedicatoria, daban por seguro que la primera parte de los *Sonetos* aludían al ya mencionado amigo de Shakespeare, el joven Conde de Southampton.

Pero van aumentando considerablemente los partidarios de otra teoría sustentada entre muchos por el ilustre crítico dinamarqués Brandés y por Frank Harris, en sus respectivos libros sobre Shakespeare. Es desde luego, la que a mí me parece más clara y convincente.

Las iniciales W. H. coinciden sin duda alguna, con las de uno de los más jóvenes amigos de Shakespeare, Lord William Herbert, después Conde de Pembroke. A éste y a su hermano fué a quienes el poeta dedicó el primer folio de sus obras en la forma siguiente: «A los incomparables hermanos los Condes de Pembroke y de

Montgomery.» El primero de estos «incomparables» coincide extrañamente con el retrato que surge de los *Sonetos*. Cuando llega a Londres y conoce a Shakespeare, tiene diez y nueve años. Vive junto al Teatro de Blackfriars. Ha heredado, acaso de su tío, el célebre poeta Sir Phillip Sidney, el amor a las artes, y pronto es conocido en la corte y fuera de ella por su vida libertina y sus malas costumbres. También su aventura escandalosa, años después, con la dama de la Reina, Mary Fitton, voluble, hermosa y morena, como la de los *Sonetos*, echan nueva luz sobre esta tragedia íntima. Lord Herbert y Mary Fitton, infiel y coqueta, son los responsables ante la posteridad de la transformación moral de Shakespeare. El ya entonces Conde de Pembroke tendrá que sufrir el destierro por orden de la Reina Isabel. Sólo ha de volver a la corte, en el reinado de Jaime I, a ocupar el puesto de Gran Chambelán, al que le lleva su elevado rango, y morirá como ha vivido, en plena orgía.

Ese drama pasional, no lo dudemos, agrió el carácter de Shakespeare apagando todas sus ilusiones. Al caer del pedestal su ídolo y su dama, vió, con las falsas apariencias de la amis-

tad y del amor, la ingratitud humana, la perversidad de los instintos, el castigo atraído por las pasiones que agitan el alma como una tormenta espiritual. De un golpe se transformó ante sus ojos el escenario del mundo, y la visión fué sombría, cruel, agobiadora, como una pesadilla.

En estas crisis del alma, semejantes a grandes cataclismos interiores, el místico se vuelve a Dios y se transforma en San Agustín o en un San Ignacio de Loyola, redimidos por la fe y la gracia, y el artista se refugia en el mundo de los sueños y llora su angustia y su dolor en páginas eternas, como hizo Goethe en *Werther*. Ambos se salvan, mientras que el hombre, cuando no halla válvula de escape a su pasión en el cielo o en la tierra, se suicida.

Shakespeare se salvó de la desesperación y de la muerte gracias a su genio artístico, purificado y engrandecido por el dolor. La sonrisa escéptica y amarga que ya brotaba de los labios del misántropo y solitario Jacques, el filósofo de la selva en *Como gustéis*, parece anunciar los rugidos de Otelo, el llanto del Rey Lear y la melancolía incurable de Hamlet. En aquella linda comedia, el poeta nos decía: «Casi toda amistad es

lingüida, casi todo amor es locura...» ¿Cómo no ver en esta frase pesimista la clave de las más grandes obras de Shakespeare, desde *Romeo y Julieta* hasta las tragedias universales por la magnitud de sus conflictos, que se llaman: *Timón de Atenas*, *Coriolano*, *Julio César*, *Antonio y Cleopatra*, y, sobre todo, *Macbeth*, *Otelo*, *Hamlet*, *El Rey Lear*?

El amor y la ingratitud son los dos temas en torno de los cuales giran, desde entonces, sus héroes y sus muchedumbres, y entrevemos en ellos negras visiones de odio, de venganza, de crimen y de muerte. Es el poeta mismo el que nos habla por boca de Timón de Atenas y de Coriolano. Esas grandes catástrofes históricas encubren bajo su apariencia, hondos sentimientos personales y nos revelan tanto la ingratitud en los individuos como en la masa humana cuando el austero caudillo romano es abandonado por el pueblo y cuando Julio César es herido, por Bruto, su más entrañable amigo. ¿Pensó en el suyo Shakespeare, al escribir su célebre tragedia? Séanos permitido afirmar que sí. Ciertamente que al abrir *Julio César* (o lo que el autor debió llamar *La muerte de César* como llamó a la suya D. Ventura de la Vega) el

lector cree únicamente hallarse frente a una asombrosa reconstitución histórica de carácter impersonal. Pero lo que ha escrito Plutarco lo dramatiza Shakespeare, y al través del conflicto político, de los discursos, de las pasiones desenfrenadas que palpitan en el Foro, ensangrentado por el crimen, vemos algo más que César, que Bruto, que Casio, o que el asombroso acierto psicológico de Marco Antonio. Vemos la *amistad fingida* encarnada en el taciturno Bruto, capaz de asesinar por una idea abstracta como todo un anarquista, y la ingratitud de las muchedumbres impulsivas, violentas, inconstantes, por las cuales el poeta sintió siempre un profundo desdén, reflejado tanto en esta obra como en las páginas de *Coriolano*.

Y *Antonio y Cleopatra* no es sólo el fin del triunvirato ni de la antigua República de Roma, es la degradación progresiva de un gran hombre esclavizado por el amor tirano de la mujer-sirena a cuyos pies yace el caudillo, renunciando a la ambición, a la lucha, a la gloria, al poderío. En *Cleopatra* ven varios críticos a la «dama morena» de los *Sonetos*, Mary Fitton. Puede ser: de todos modos resulta un carácter de mujer único en esa magna galería de figuras femeni-

nas. Cleopatra es sólo comparable a Lady Macbeth; la una es perversa por amor, y la otra por cálculo y por reflexión. Ambas son verdaderas hijas de Eva, y al través del tiempo, quizá por atavismo, tienden al hombre la fruta prohibida, que ha de arrastrarles en el torbellino de la perdición.

El poeta ha llegado ahora a la plenitud de sus asombrosas facultades creadoras. Cada obra nueva, palpitante de vida y pasión, parece engendrada por el genio de un hombre que ha bebido, hasta el fondo, el cáliz amargo del dolor humano. Shakespeare ve el mundo, en esta época, triste y sombrío, como un neurasténico. Se siente solo y abandonado. Por doquiera vuelva la mirada, en torno suyo, sólo halla la muerte y la desolación. Su único hijo varón, Emnet, acaba de morir a la edad de onco años. Su gran protector, el Conde de Southampton ha sido encarcelado en la Torre de Londres. El Conde de Essex, muere en el cadalso, como murió D. Álvaro de Luna, después de haber sido el favorito regio, el grande entre los grandes y el árbitro del reino. Lord Pembroke y Lord Rutland han sido desterrados de Inglaterra.

Esto era ya más que suficiente para agriar

alma generosa e impresionable de Shakespeare. Una profunda melancolía se apodera de su ánimo. En lugar de la risa jovial que brotaba de sus labios, brotan lágrimas de sus ojos tristes. Sus nervios se crispan, sus chistes se tornan en sarcasmos y su angustia en rugidos y gritos de dolor que harán vibrar el teatro eternamente. Y entonces surgen, magníficas, sombrías grandiosas, aterradoras, esas cuatro tragedias universales que alzan a Shakespeare sobre los dramaturgos de todos los tiempos, y son *Macbeth*, la tragedia del crimen y de la ambición; *Otelo*, la tragedia del amor y de los celos; *Hamlet*, la tragedia de la venganza y del amor filial, y *El Rey Lear*, la tragedia de la ingratitude y de la demencia.

Jamás la fantasía y la realidad, el delirio de un visionario, y la observación directa de la vida se fundieron de tal modo en el arte dramático. Seres humanos y fantasmas de ultratumba, criminales y dementes, inocentes y culpables, todos parecen allí juguetes de un destino feroz e implacable. Ha expuesto Shakespeare, en esas cuatro obras, lo más profundo de su filosofía en versos inmortales y en frases lapidarias. Pero, bajo su magnetismo, sus personajes tienen vida

propia y no son meros muñecos movidos por los hilos de su autor. En escena, como en el libro, sobresalen de todo lo convencional. Lo mismo Macbeth que el Moro de Venecia, que el taciturno Príncipe de Dinamarca o que el anciano Rey Lear, son cada uno el reflejo de la negra neurastenia de Shakespeare, que ha creado estos cuatro grandes personajes, enfermos y desequilibrados como él mismo.

En *Macbeth*, esa tragedia bella y sombría como los paisajes de Escocia donde se desenvuelve, el autor hace palpar ante nuestros ojos las consecuencias de la ambición desenfrenada. Macbeth es otro ingrato que, en su propio castillo, asesina de noche traidoramente a su dueño y señor, el Rey de Escocia, a quien hospeda. Lady Macbeth, la mujer siniestra, le inspira el alevoso asesinato, para verle coronado. Y en ese ambiente de crimen, de hipocresía, de remordimiento, en el cual no penetra un rayo de luz confortadora, Shakespeare, con su intuición genial, revola el estado de alma de ambos seres; la enfermedad progresiva que, afectando primero a la conciencia, ataca y desquicia el sistema nervioso y anula las facultades intelectuales. Macbeth es el criminal visionario que ha

perdido el sueño, la tranquilidad, y sobre todo la confianza en sus propias energías. La escena en que este Rey usurpador convoca a los magnates del reino a un banquete, y se levanta de pronto, pálido, descompuesto, horrorizado, al surgir ante sus ojos el espectro de su víctima, es consecuencia natural de este caso patológico. La misma que en una de las últimas escenas nos hace ver a Lady Macbeth dormida, andando en pleno sonambulismo con una luz en la mano y diciendo ante el doctor y la *nurse*, que la miran subreogidos:

«Todos los perfumes de la Arabia no lavarán esta manita.»

Otelo es otro enfermo cuya aguda dolencia son los celos. Su enfermedad le precipita al crimen y al suicidio. Su temperamento ingenuo, apasionado, sentimental, impetuoso, envenena poco a poco su corazón de hombre valeroso. Es bueno, pero no es inteligente; es valiente, pero no es reflexivo. La perfidia de Yago hace de él un juguete, y la calumnia, al engañar su candidez, le roba su amor y su felicidad. Desde entonces, ante sus ojos crédulos, aparece la inocente Desdémona, como el símbolo de la infidelidad y la hipocresía. Cada movimiento suyo,

cada palabra, cada mirada le parece al moro un reflejo de su culpabilidad, y así el crimen final es el desenlace inevitable de un furor pasional largo tiempo contenido.

En cuanto a Hamlet, es el modelo eterno del intelectual neurasténico y del criminal reflexivo. Hamlet es el hombre que desprecia a la humanidad y se desprecia a sí mismo por la disimulada farsa que ha de representar, hasta la anhelada hora de la venganza. Sus incoherencias, sus ensueños, sus reflexiones amargas, giran alrededor de un pensamiento fijo: vengar la muerte de su padre en la de su propio padrastro, el Rey usurpador. Y no sólo aspira a matarlo, sino a que se condene eternamente. Cuando penetra Hamlet en la habitación del Rey y le ve de rodillas, rezando, contiene su brazo vengador, porque en aquel momento la gracia de Dios redimiría el alma del Rey arrepentido. Y Hamlet no busca sólo la venganza en la muerte, sino más allá de la muerte, hasta el infierno. Tras de la careta melancólica del triste Príncipe dinamarqués, nos habla el mismo Shakespeare, dando, por boca de Hamlet, sus sabios consejos a los cómicos y anonadando a la ingenua Ofelia con sus crueles sarcasmos sobre

el amor y el matrimonio... El *ser o no ser*, de Hamlet, es el balbuceo de Shakespeare al entreabrir las puertas del infinito, que son para él las puertas del enigma indescifrable, y el poeta se encubre bajo la careta de su protagonista cuando en el cementerio hace tan amargas reflexiones sobre el triste fin de la comedia humana, con la calavera de Yorick en la mano.

Por fin, *El Rey Lear*, la tragedia del amor paternal y de la ingratitud humana, es donde Shakespeare ha dejado estallar todo su lirismo desbordante, que refleja un corazón herido por las desilusiones de la vida. ¡Ninguna figura tan patética y tan digna de compasión como la de este anciano Rey loco! Ha repartido su reino entre sus hijas casadas y sus yernos, que le mimaban, y ahora se ve desamparado; sin corte, sin familia, sin nadie que le quiera ni le cuide, salvo la única hija soltera, la admirable Cordelia, a quien no había comprendido en los días de prosperidad... Y el viejo Rey, dolorido por su sacrificio estéril, quebrantado por tan cruel revelación, desvaría, se vuelve loco... Shakespeare parece haber condensado toda la desesperación que produce la ingratitud humana en una escena de trágica angustia. Es cuando el

Rey Lear, habiendo llamado inútilmente a las puertas del castillo de una de sus hijas, se pierde en el campo, en compañía de su fiel bufón. Estalla una tempestad, y en ese cuadro sombrío contrastan de un modo violento, las frases incoherentes del viejo Rey abandonado con los chistes del pobre bufón tratando en vano de distraer a su demente amo y señor.

Y después de esta grande tormenta espiritual. Shakespeare ya no producirá nada comparable a esas cuatro obras. Desfogada su angustia y su pasión en versos inmortales, recobra el equilibrio y la serenidad, pero llega también la hora del cansancio y del tedio. Su *Cuento de Invierno* y su *Cymbeline* van envueltos en una suave luz crepuscular, y *Enrique VIII* es de calidad muy inferior a sus demás obras históricas.

Pero al despedirse del mundo y de la escena, el genio de Shakespeare se rejuvenece momentáneamente y deslumbra con nuevos fulgores, como el sol antes de hundirse en un horizonte de púrpura y de sangre. Shakespeare no quiso decirle su adiós a la vida sin una sonrisa, y bajo su vara hechicera surgió la isla encantada de Próspero, es decir, *La Tempestad*,

maravillosa fantasía en que Miranda es la inocencia; el sabio alquimista es, acaso, el mismo Shakespeare jugando con sus muñecos vivos, como el propio Próspero con los naufragos; Caliban, el repugnante monstruo, simboliza el materialismo, y el divino Ariel es la luz espiritual que idealiza al hombre y lo redime.

Y cuando, al final de esta linda comedia de magia, Próspero otorga la anhelada libertad al espiritual Ariel, su fiel emisario, podemos decir que, con él, vuela el genio de Shakespeare el cual rompe también su vara mágica ¡Adiós, Londres!... ¡Adiós, Teatro, público y actores!... ¡La comedia ha terminado!

*
* *

Sí, la comedia ha terminado, y sólo he de añadir unas palabras, antes de bajar el telón, sobre la vida de este hombre-enigma.

Shakespeare ha dejado Londres, el rebullicio de la capital y de la corte y ha vuelto a su pueblo natal de Stratford. Parece ya indiferente al aplauso y a la gloria, y sólo busca el bienestar, la tranquilidad, la calma. El bienestar podrá gozarlo, porque al retirarse está bastante bien de

medios. Como accionista y ex director escénico del Teatro del Globo, se ha acostumbrado a contar y a economizar. Tiene ahora la preocupación de venir en auxilio de sus tres hijas, ya mayores, y de casarlas lo mejor posible. Shakespeare se nos aparece en esta última etapa de su vida completamente transformado. No quedan ya trazas del joven vagabundo ni del artista bohemio. Es un burgués, al parecer feliz y acaudalado. Se ocupa de mejorar sus bienes y su situación social. Compra las mejores casas de Stratford, adquiere alguna que otra finca, y hasta el privilegio de lucir blasones. Esto hallaga en extremo su antigua vanidad y la de su familia.

Durante cinco años llevará esta vida de *gentleman*, campestre, plácida y monótona, entre sus parientes y compañeros de la infancia. Acaso preferirá Shakespeare ser «cabeza de ratón en Stratford, que cola de león en Londres». Allí no volverá más que muy de cuando en cuando y por muy breves estancias. Enviará una gran suma a la compañía de cómicos del Teatro de Blackfriars cuando el incendio de ese edificio. Pero no volverá a coger la pluma, ni se ocupará más de la escena o de sus obras.

¿Por qué esta indiferencia incomprensible?

Pues porque Shakespeare debía estar enfermo, neurasténico y ávido de campo, de silencio y de reposo. Si no, resulta inexplicable que un hombre a los cuarenta y tantos años, es decir, en plenas facultades intelectuales, rompa su pluma doje el teatro y abandone éxitos, aplausos y fama, para ir á enterrarse vivo en un rincón provinciano.

Murió a los cincuenta y dos años, a consecuencia de un exceso en la bebida. Para celebrar con él la boda de una de sus hijas, llegaron un día de Londres sus dos amigos Drayton y el célebre poeta dramático Ben Jonson. Al verlos Shakespeare, debió revivir todo un pasado glorioso. Juntos cenaron alegremente y bebieron hasta bien entrada la noche... Recordarían, entre risas, anécdotas, episodios y comentarios sabrosos. Se vaciarían las copas demasiadas veces... A la mañana siguiente Shakespeare estaba en cama con fiebre y no había de volver a levantarse.

El testamento que dictó es minucioso y ordenado. Deja sus bienes entre sus hijas; deja recuerdos a casi todos sus amigos, y sólo con el objeto de demostrarle su indiferencia y su des-

precio, deja únicamente a su mujer, Ana Hathaway, «una de las camas de la casa»... y no la mejor.

Su cuerpo fué a descansar en la misma iglesia de Stratford, donde recibiera las aguas bautismales, y desde aquel día infausto el sol no debió alumbrar con tanto esplendor sobre la Tierra.

Shakespeare, ¿acaso desconoció su genio artístico, según pretenden tantos escritores?... No: basta con abrir sus obras, entre ellas los *Sonetos*, para quedar convencido de su invariable fe en su inmortalidad. Pero si creyó en sí mismo, dudó, en cambio, de los demás. El silencio acerca de su obra es significativo. Nada le dice a su familia de esa magna herencia intelectual. ¿Qué dinero van a sacar de sus obras cuando él no ha encontrado en Londres editor que le publique *Otelo*? ¿Qué entienden sus hijas de arte dramático, ni sus provincianos amigos de Stratford?... ¿Quiénes quedan aún de sus aristocráticos amigos y protectores?

Y Shakespeare muere con un gesto de desdén, propio del hombre que, aun entre muchos, ha vivido aislado. Nada más lógico y natural.

Pero supo al morir que el resplandor de su

espíritu alumbraría siempre a la Humanidad, y nosotros, cuando abrimos cualquiera de sus obras, debemos decirle como Otelo a Desdémona:

—Se os quiere, porque habéis sentido mucho y sufrido mucho.